

1997

Aurelio Asiain. Caracteres de imprenta. México: Consejo Nacional para la cultura y las Artes / Ediciones del Equilibrista, 1996.

Miguel Gomes

Citas recomendadas

Gomes, Miguel (Otoño-Primavera 1997) "Aurelio Asiain. Caracteres de imprenta. México: Consejo Nacional para la cultura y las Artes / Ediciones del Equilibrista, 1996.," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 46, Article 36.

Available at: <http://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss46/36>

Aurelio Asiain. *Caracteres de imprenta*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Ediciones del Equilibrista, 1996.

No siempre el lector se percata de que la efectividad de un texto ensayístico se cimienta en elementos tanto conceptuales como expresivos. En contraste con parientes suyos como el estudio, la monografía o el tratado, que recurren a una enunciación oblicua para autorizarse a través de una objetividad en apariencia impersonal, el ensayo se esfuerza en retratar una voz de cuya verosimilitud dramática depende en gran medida nuestra aceptación o no de las ideas que se exponen. Ello explica por qué con frecuencia, ante las producciones de los maestros del género, tenemos la impresión de hallarnos en un terreno tipológico movedido, entre la argumentación y la efusión lírica, o entre la meditación y el relato —baste recordar los casos de Reyes, Borges o Paz. Lo anterior aclara, no menos, la urgencia con que ciertos ensayistas se entregan a la creación de semipersonajes que oscilan entre la ficción y la realidad, entendida ésta como la posibilidad de vincular al sujeto de una obra con el autor de carne y hueso —un ejemplo memorable: el Zaratustra de Nietzsche. ¿Cuánto no deben a sus “personajes” ensayísticos las páginas reflexivas de Martí (agitador iluminado), Rodó (profeta de la juventud y filósofo de las mareas), Martínez Estrada (portador de los despojos del pathos), Uslar Pietri (apolíneo intérprete del Nuevo Mundo), Picón-Salas (abnegado maestro de las masas)? ¿Cuánto no debía el “pensamiento” montaigniano mismo a la habilidad del escritor para pintarse y recrearse como apacible escéptico solitario? Dicha característica del ensayismo lo vincula sólidamente al orbe de la creación artística sin alterar para nada su valor como pieza en el engranaje de discusiones intelectuales.

Caracteres de imprenta, del joven escritor mexicano Aurelio Asiain (1960), además de ser una colección de textos breves acerca de escritores tan variados como Josep Pla, Jaime Gil de Biedma, Francis Ponge, Adolfo Castañón, Juan García Ponce y Alejandro Rossi, entre otros, constituye un sólido ejercicio en el género que aquí nos ocupa precisamente porque su unidad libresca reposa en el hablante que desde las primeras líneas sale a nuestro encuentro. Un hablante cordial, debería agregarse, puesto que elige un tono que no abunda en las letras hispánicas, tan propensas a devastadores tormentos crísticos (Unamuno) o a iras sagradas de acusador (González Prada). Asiain, el ensayista, se inclina por el comedimiento y la sutileza, un ademán de reposo y discreción que mucho lo acerca a la “bonhomía”

dieciochesca sin comprometerlo, no obstante, con poses reformistas ni afanes didácticos o racionalistas. La nota preliminar del volumen orienta nuestra lectura en esa dirección, al advertir que las páginas que siguen

...no tienen propósitos exhaustivos y con frecuencia se limitan a llamar la atención sobre un rasgo peculiar para definir un carácter. Las une la convicción —poco moderna— de que la literatura la hacen personas y los estilos cifran personalidades. Una convicción que no excluye, desde luego, la certidumbre de que el personaje de un autor es una figuración literaria que no coincide del todo con su persona cívica y aun la contradice.

Después de la manoseada **muerte del autor**, que uniformó tantos discursos críticos durante los años setenta y ochenta del siglo XX, destaca en las palabras de Asiain la osadía de creer nuevamente en el individuo como punto de referencia privilegiado, así sea el individuo verbal que perennemente se construye en y desde el lenguaje. El suyo, de hecho, es un curioso humanismo irónico ya muy apartado de la ingenuidad antropocéntrica de otras eras, pero también de las utópicas prédicas del conocimiento sin perfiles personales tal como lo soñaron en alguna oportunidad Foucault, Barthes o Lévi-Strauss. ¿Cómo se las arregla Asiain para dar ese arriesgado salto ideológico? No sólo sugiriéndolo como argumento, según se constata en la citada advertencia a su libro, sino de modos infinitamente más soterrados y elípticos, aptos para una demostración de su pericia ensayística. En efecto, si en uno de sus textos se nos recuerda que “darle forma a una idea es dar con la idea misma” (99), podría aseverarse que Asiain ha logrado expresar con nitidez y constancia su confianza en lo humano no mediante simples anuncios, sino a través de las estrategias discursivas de las que se ha valido. En estos apuntes me gustaría reparar algunas de ellas.

La primera consiste en circunscribir fenomenológicamente la totalidad de los enunciados del libro a una consecuencia del Eros autorial, es decir, la persistente inclinación del ensayista a instalarse en el mundo en declarado e irreverente compromiso con sus afectos. Esto, desde el principio, cuando confiesa que “a mí lo que me gusta es leer y mis personajes favoritos son caracteres de imprenta” (7). Esa pasión, ciertamente, se proyectará a lo largo del volumen y hemos de suponer que en ella radica la fuerza que ha reunido todas las partes de éste, dotándolas de coherencia casi biográfica:

Siempre he sido un lector voraz pero —nos ocurre a todos— nunca como en la adolescencia. El tiempo era más vasto, las solicitudes del mundo menos apremiantes y mucho mayor mi capacidad de concentración. Para ir a la secundaria debía tomar un autobús y, como el trayecto era largo, casi siempre podía encontrar un asiento y entregarme a la lectura. Me había acostumbrado a la duración del viaje, siempre más o menos la misma, y a despegar cada vez la vista del libro en el preciso instante en que debía cerrarlo. Un día, sin embargo, sentí llegar ese momento, miré por la ventanilla, dudé unos segundos y volví a las páginas. Estaba leyendo una novela: *Figura de paja*, de Juan García Ponce... (82)

También se hará notoria dicha continuidad afectiva cuando nos percatemos de que muchos de los ensayos tratan de escritores con los que se han tenido contactos personales. Lo que para otros críticos constituye un comercio distante con un **corpus**, de esta manera, en Asiain se vuelve presencia, cuerpo animado que rinde homenaje incluso a la amistad literaria (es el caso, en particular, de los ensayos dedicados a Gil de Biedma, Castañón y Rossi).

Un segundo procedimiento que fortalece la subjetividad elocutiva en la prosa de nuestro ensayista es el énfasis en sus propias percepciones como puente entre el objeto tratado y el lector. Véase, para no ir muy lejos, el acertado paso de la primera persona del singular a la primera del plural en la écfrasis con que se inician las meditaciones acerca del barón Denon:

Tengo ante los ojos la reproducción de una acuarela en la que se representa la medición de la columna de Pompeyo, durante la campaña napoleónica en Egipto. El centro de la imagen lo ocupa, naturalmente, el monumento [...]. Otros miembros de la expedición, igualmente empequeñecidos por la perspectiva del artista y de los siglos [...] miran la operación [...]. La escena transcurre serenamente o, mejor, está detenida en la serenidad. No vemos al artista, pero contemplamos la escena con su espíritu. Durante la campaña de Egipto [...], Vivant Denon, en el calor del desierto y entre el olor a pólvora y las balas, se ocupa en medir, dibujar, estudiar (y, cuando puede, sustraer) los monumentos egipcios con un desprecio del peligro en el que no es aventurado ver una profunda ironía ante las vueltas de la historia... (11-2)

Por si la conexión entre nuestro entendimiento y la experiencia de la voz ensayística no hubiese quedado clara, adviértase la no menos mercurial transformación de la “mirada” del Yo en el “ver” final, que pertenece al intelecto y delata, por la forma en que se produce, que el saber que encarna en *Caracteres de imprenta* se aproxima más a los sentidos y las intuiciones que a las abstracciones del raciocinio. Sabiduría individualizada y vivida, claramente distinguible de los silogismos y la asepsia científica o académica.

También hace acto de presencia la voz ensayística y se sitúa en el centro mismo del enunciado cuando insinúa su cercanía con los asuntos abordados. Identidad y no distancia es lo que se evidencia, ni más ni menos, a la hora de hablar sobre el *Cuaderno gris* de Pla y discurrir acerca del modelo que ofrece a todo escritor, incluido el que ante nuestra lectura reflexiona: “¿Cuál de nosotros no ha querido verse viviendo como él al correr de la pluma, [...] haciendo de cualquier tema su pretexto? ¿Quién no ha querido realizar una obra como la suya, cifra acabada de su destino y que es enteramente él en cada una de sus páginas?” (28). Identidad e incluso comunión es lo que se afirma cuando en el autor comentado el comentarista se encuentra a sí mismo, por ejemplo, en la faceta de poeta —y Asiain ha recibido en ese campo incluso el prestigioso premio Loewe por su *República de viento* (1990)—: “Cada uno de los libros del poeta veracruzano Jorge Brash es un capítulo de su biografía interior. *A la mitad del puente* se llama

uno de [ellos]. Un título ambiguo: ¿no son todos los libros de poesía que publicamos libros de transición?” (121).

Otra manera de subrayar la inseparabilidad de sujeto y discurso es verificar en el prójimo lo que se ha reclamado ya como seña de identidad propia. Sucede esto en las piezas de Asiain cuando, como se percibe en la cita previa, se recalca la naturaleza literaria de lo biográfico o, al revés, la índole verbal de toda vivencia. Al referirse a Gil de Biedma, por eso, se anota la coincidencia de persona y personaje poético (51); algo semejante ocurre en el ensayo dedicado a Rossi (85ss). Lo cierto es que para Asiain la enunciación, o sea, la encarnación de la subjetividad en las palabras, parece constituir la esencia o acaso el nervio más recóndito e intenso del oficio literario; la atención que le prestemos a ese oculto centro, por otra parte, se presenta como único camino que podría conducirnos a superar tanto el simple egocentrismo como la deshumanización absoluta del pensamiento; de ahí que oigamos decir al ensayista, con ocasión de una lectura de Jorge Hernández Campos, que “la voz personal está tejida de la voz de los otros, y en la voz íntima resuena la voz de la historia” (63).

En estos *Caracteres de imprenta*, la persona, la obra y el personaje que los enlaza son, de principio a fin, inseparables. En la cubierta del volumen, de hecho, hallaremos un *Retrato alegórico del barón Denon* —rodeado, muy a gusto, de libros y papeles— que no podemos evitar asociar, como lo señala (¿o recomienda?) la nota de contraportada, al Asiain que nos entrega sus ensayos. Así, la ficción libresca, los asuntos y el autor se funden. Además, ha de repararse en que, igualmente, en el índice del volumen, junto a los títulos de cada uno de los ensayos —siempre genéricos, concernientes a motivos o temas— nos toparemos entre paréntesis con el nombre de la persona cuya obra se discute, lo que confirma que el individuo hecho verbo como unidad fundamental del conocimiento estético es lo pregonado sigilosamente. Pero el pregón, he de insistir en ello, es, ante todo, cortés. A eso aludía cuando caracterizaba esta compilación ensayística como labor de un “hombre de bien” o, dicho en otras palabras, un sujeto para el cual la creación literaria supone una actividad civilizada y culta, hija del buen humor y la naturalidad, ajena a todo malabarismo gremial y a toda estridencia. El suyo es un quehacer en el que la precisión y el rigor persisten sin necesidad de aniquilar lo que en nosotros siente y sueña, aquello que nos arrastró, alguna vez, en un día ya remoto, a una ocupación tan inexplicable como la lectura. El ensayista se desnuda ante nuestra mirada y personaliza todo lo que toca para invitarnos a la conversación afable y a que nos hagamos uno con él, siquiera por el breve trecho que nos ofrecen las páginas de un libro.